

PROBLEMAS Y TECNICAS DE LA ENSEÑANZA Y EL APRENDIZAJE

Por ARSENIO PACIOS

Cuando la enseñanza y el aprendizaje forman parte del proceso instructivo-educativo son específicamente temas pedagógicos.

Existe la posibilidad—y se da el hecho—de que entre las actividades humanas se produzcan las llamadas enseñanza y aprendizaje sin que, sin embargo, se las pueda considerar estrictamente pedagógicas. Una y otro son el fruto de tendencias fundamentales e innatas de la naturaleza humana. La tendencia a comunicar a los demás lo que conocemos o creemos conocer es tan instintiva y difícil de reprimir, como la de enterarnos de lo que los demás saben o creemos que saben y la de desvelar las incógnitas que se nos ofrecen, siempre que llegemos a tener conciencia de ellas. La primera es una tendencia altruista, centrífuga; la segunda egoísta y centrípeta. Ambas tienen un marcado carácter social y no sólo impulsan y regulan las transmisiones culturales dentro de la sociedad, sino que constituyen la trama de las comunicaciones interpersonales, sin otro fin que ayudarnos mutuamente en la vida cotidiana y procurar nuestro propio perfeccionamiento y, consiguientemente, nuestro dominio cada vez mayor sobre la naturaleza que nos rodea.

Pero estas actividades sólo adquieren categoría pedagógica cuando se realizan intencionalmente para obtener una auténtica adaptación a la vida, lo más rápida y eficazmente posible, por parte de las generaciones jóvenes. En este caso, su objetivo in-

mediato y principal es lograr para el hombre un desarrollo de su personalidad lo más elevado posible,

En ese caso la enseñanza y el aprendizaje no son ya simplemente el fruto de tendencias instintivas complementarias. Se convierten en un quehacer permanente, consciente, sistemático, libre, que tiene a la vista un fin definido: el perfeccionamiento intelectual de los educandos bajo la dirección y la ayuda de los educadores.

Es perfectamente explicable que un quehacer tan complejo y que tantas exigencias encierra se sirva de técnicas que se han ido perfeccionando y depurando a lo largo de la historia de la humanidad.

La misma evolución de las técnicas aplicadas demuestra que éstas no son sino medios para la consecución del fin propuesto, que se han ido modificando no sólo por el descubrimiento de nuevas fórmulas educativas, sino porque es el mismo fin de la instrucción educativa el que ha ido cambiando en la conciencia de los hombres. De tal forma que en la investigación y hallazgo de estas técnicas ha influido, desde distintos horizontes, no sólo la aparición de nuevos medios didácticos, producto del avance de la civilización, que han sido considerados eficaces en la acción educativa, sino también las nuevas exigencias, cada vez más ambiciosas y perentorias, de la sociedad en evolución.

Los problemas de la enseñanza y del aprendizaje derivan, en primer lugar, de la misma índole de la naturaleza humana y, en segundo lugar, de las exigencias concretas de la sociedad en un determinado momento de su evolución. Desde este punto de vista los problemas técnicos consiguientes se presentan por la falta de adecuación entre los medios empleados y el fin o meta que se ha fijado en un momento dado a la educación del hombre, a la vista de las exigencias de esa sociedad.

La historia conocida de la Pedagogía ha sido un intento continuado de resolver estos problemas derivados de la misma naturaleza humana, un perpetuo esfuerzo por superar las dificultades inherentes al acto de la comunicación del saber, por hacer asequible y fácil al educando la incorporación y asimilación vital de los conocimientos transmitidos y por lograr un desarrollo y perfeccionamiento lo más completo posible de sus facultades cognitivas.

Consciente o inconscientemente estos esfuerzos han sido determinados por las exigencias de orden cultural de la sociedad en que les ha tocado vivir a educadores y educandos. De tal forma que, con el aumento de estas exigencias, fueron aumentando también los problemas a los que tenía que hacer frente la pedagogía didáctica.

Mas este aumento de exigencias por parte de la sociedad en un momento dado es, a su vez, consecuencia del grado de perfección y desarrollo que esa misma sociedad ha alcanzado. Los medios educativos de todo género y las técnicas de aprendizaje forman parte de ese desarrollo, de forma que, al menos teóricamente, al aumento de las exigencias debe corresponder un aumento en la eficacia de los medios técnicos con que deben ser satisfechas.

Sin embargo, las cosas no suceden exactamente así. Si tenemos en cuenta el grado de evolución de la sociedad actual existe un desfase alarmante entre los objetivos que se propone la enseñanza actual y el estado de desarrollo de los distintos factores que contribuyen o deben contribuir al logro de los mismos. Y esta desproporción está a la base de los principales problemas pedagógicos que plantean hoy enseñanza y aprendizaje como elementos fundamentales del proceso didáctico.

1. Objetivos de la enseñanza actual.

Para determinar estos objetivos no hemos de tener en cuenta ya las exigencias de la sociedad dentro de la cual nos hemos educado nosotros, ni siquiera las de la que actualmente formamos, sino que debemos prever en cierto modo cómo ha de ser la sociedad de un próximo futuro, ya que en ella tendrán que desenvolverse y actuar aquellos sobre quienes estamos actuando pedagógicamente en el presente.

La fijación de esos objetivos exige al teórico de la pedagogía, y a los políticos que han de hacer realidad sus teorías, una especie de espíritu profético, que se anticipe al futuro, que prevea de antemano las necesidades de las sociedades futuras. En Pedagogía estar al día es calcular al menos con una anticipación de veinte años lo que será, o mejor, lo que deberá ser el hombre de mañana, sobre el que ya en este momento estamos actuando.

Asusta comparar lo que en materia de instrucción y formación se exige actualmente a un miembro medio de la sociedad, para que se halle capacitado para actuar en ella a tono con las necesidades presentes, con lo que se le exigía hace no más de sesenta años. Sin embargo, es más que probable que dentro de veinte años la sociedad futura se parecerá aún menos a esta nuestra que la actual a la de hace sesenta años. Al menos en lo que se refiere al tipo de formación e instrucción exigidas al ciudadano medio.

Es más: por el camino que vamos, es probable que ya no nos sea permitido de ahora en adelante fijar unos objetivos definidos para una etapa determinada, siquiera sea ésta cada vez más breve en años. ¿No estamos abocados a una sociedad cuya característica más manifiesta parece que es la de hallarse en una perpetua readaptación, en un continuo *fluir*?

“El problema urgente planteado al sistema educativo en su totalidad es el de instruir mejor, más rápidamente, a un número mayor de niños, adolescentes y adultos, con el fin de proporcionarles el saber, las técnicas y la cultura que les han de permitir integrarse y readaptarse constantemente a un universo en plena fluidez.) (B. PLANQUE, *L'Education Nationale*, núm. 842.)

¿Cómo fijar entonces unos objetivos definidos a la tarea instructivo-educativa? ¿Pondremos optimistamente nuestra esperanza en la adopción de nuevas técnicas taumatúrgicas, en las máquinas de enseñar, como propone el mismo Planque? O más bien, ¿concentraremos nuestros esfuerzos en una formación humana básica polivalente, capaz de afrontar cualquier situación nueva y de adaptarse y readaptarse a medida que la necesidad lo exija? En todo caso, ¿es esto realizable?

2. *Los contenidos de la enseñanza.*

También en esta rúbrica se hace sentir la presión social cada vez más acentuada. Para desempeñar un papel activo en la sociedad es necesario que los miembros que la componen sepan cada vez más, no sólo en extensión, sino también en profundidad. La exigencia de profundidad nos lleva de la mano a la ultraespecialización en el saber. Ahora bien, los cambios pre-

visibles en el área de la ciencia aplicada para un futuro próximo no perdonarán a aquellas especializaciones que, aunque laboriosamente conseguidas, caigan víctimas de nuevas técnicas superadoras de las anteriores. Nos exponemos, pues, a crear especialistas que, en plazo no lejano, correrán el riesgo de quedarse cesantes.

Con referencia al contenido de la enseñanza nos enfrentamos, pues, entre otros, con el problema de elegir entre:

- a) Unos conocimientos enciclopédicos, aunque superficiales;
- b) Una ultraspecialización a costa de la visión universal y amplia propia del hombre y con el riesgo de quedarse "en seco" en un futuro no lejano por la misma evolución de la sociedad;
- c) Una formación básica con pocos, pero esenciales conocimientos, cargando el acento en la vigorización, desarrollo y perfeccionamiento del entendimiento como facultad apta para reaccionar ante lo imprevisto, para adaptarse a cualquier situación nueva.

En la reunión de Strågnäs (Suecia), celebrada bajo los auspicios del Consejo de Europa, para tratar del perfeccionamiento cuasi-permanente del profesorado en ejercicio, saltó sobre el tapete inesperadamente la cuestión: ¿especialización a ultranza continuamente renovada y puesta al día, al menos cada cinco años, o formación sólida de base, que permita al futuro profesor realizar por sí mismo y con ayuda del estudio su propia puesta al día? Mientras algún representante (de un país escandinavo) abogaba por el primer extremo de las disyuntivas y consideraba poco menos que inútil la sólida y laboriosa preparación inicial a la vista de las continuas readaptaciones previsibles, el representante de la Alemania Federal defendió con ardor la postura contraria: sólo una buena formación de base garantiza para el futuro las autocorrecciones y readaptaciones inevitables.

Lo que vale para la formación de los profesores es válido igualmente para la formación de los alumnos, sean niños, jóvenes o adultos, en orden a su continua correcta reinserción en la sociedad en que les ha tocado vivir.

En todo caso parece necesario salvar a toda costa la formación humana de los alumnos. Es de esperar que cada vez sea más indispensable, incluso en una sociedad altamente tecnifi-

cada—y quizá en ese caso con más apremio—, que los hombres sean hombres en el mayor grado de perfección posible, para que sepan servirse de la técnica y dominarla antes que convertirse en servidores y esclavos de ella.

Es de esperar que esta formación se pueda lograr, ya que no sin menoscabo de una alta especialización, sí al menos haciéndola compatible con un aceptable nivel de la misma.

En el fondo, aunque formación e instrucción especializada sean difíciles de conciliar, no lo son tanto que no se pueda sacar partido de cualquier contenido de enseñanza en orden a la formación humana en cuanto tal. Creemos que en el resultado tiene más importancia el cómo que el qué de las enseñanzas; el modo de impartirlas que las materias que las integran. La creencia de que sólo determinadas disciplinas literarias, y de modo muy especial las llamadas humanidades clásicas, contribuyen a este tipo de formación no resulta hoy admisible. La formación humana depende más de la forma cómo se enseña y aprende una materia cualquiera que de la cantidad y la clase de esa materia. Y pensamos que todo contenido instructivo es eficaz en orden a la formación humana—y hasta humanista—siempre que se enseñe y se asimile de acuerdo con la índole de la naturaleza humana. Esta es racional, con toda la carga de significación que lleva la palabra. Consecuentemente toda adquisición de saber racionalmente conseguida debe conducir a un aumento de la perfección humana—y humanista—del discen-te, cualquiera que sea la clase de contenido de la enseñanza, sea de letras o de ciencias. Y entendemos que un saber es racionalmente adquirido cuando el alumno, guiado por el profesor, le encuentra un sentido, una razón. Sin este requisito, sin la conciencia del sentido de lo aprendido dentro del contexto cultural y vital del alumno, ni siquiera las “humanidades clásicas” serían de ningún valor para su formación humana.

3. *Sistemas y técnicas docentes.*

Siempre nos acecha el peligro de olvidar que los sistemas y las técnicas de enseñanza son simplemente medios que se justifican por los resultados a que conducen. No debemos caer en

la tentación de sobreestimar de tal manera determinados sistemas y técnicas hasta el punto de sacrificar a nuestro entusiasmo por ellos los resultados de la misma educación y los objetivos que nos vienen impuestos por las exigencias presentes o previsibles de la sociedad en que nos ha tocado vivir.

Sin embargo, es evidente que tratándose de medios a nuestro alcance para lograr los objetivos propuestos, debemos dedicar cuidadosa atención a su elección y a su empleo. El panorama que se nos ofrece para un próximo futuro en materia de instrucción educativa es, si cabe, aún más sombrío que el que nos es dado contemplar en el presente. Y no son pocos los que no ven otra solución para afrontar esta situación que la utilización masiva y correcta a la vez de nuevas técnicas capaces de, si no colmar, al menos atenuar la distancia que media entre nuestras realidades pedagógicas y las necesidades que deberían satisfacer.

El mismo Planque, que anteriormente hemos citado, hace un desolador balance de esta relación. Es de esperar, dice, que dentro de treinta o cuarenta años la mayor parte de los países subdesarrollados habrán alcanzado el nivel educativo de los países considerados hoy como desarrollados. Pero ese nivel ya resulta hoy insuficiente para esos mismos países. Dentro de diez o quince años dispondrán de los investigadores y los técnicos que necesitaban... diez o quince años antes. Parece como si la humanidad estuviese condenada a moverse con retraso respecto de sus necesidades en materia de instrucción y formación.

La educación, en todas sus formas y en todos los niveles, sigue siendo elemento esencial para hacer posible una readaptación constante del hombre al mundo que él mismo se crea. Pero mientras los cambios del modo de vida social y profesional adoptan un movimiento uniformemente acelerado, los procedimientos de adaptación a estos cambios se producen según un movimiento uniforme. El desfase entre los medios de enseñanza y las necesidades de enseñanza se acentúa así progresivamente.

¿Cómo atenuar o suprimir este desequilibrio? ¿Contamos acaso con los medios necesarios para ajustar la realidad a las necesidades? “La desorbitada acumulación de estudiantes en las

escuelas y las universidades, el rebajamiento del nivel de los estudios a consecuencia de la explosión escolar, la depreciación progresiva de la función docente parecen inducirnos a contestar negativamente a la segunda pregunta. Y habría, además, que llamar la atención sobre las disparidades crecientes entre el nivel y la naturaleza de los conocimientos aprendidos y el nivel y la naturaleza de los que son exigidos por el mercado del trabajo. Nuestros fracasos provienen de una falta de visión prospectiva. Para los problemas que nos esperan dentro de diez o quince años proponemos la simple aplicación de soluciones cuyo fracaso ya empieza a ser visible hoy."

Ni siquiera sería una solución el aumento masivo de los créditos destinados a la enseñanza, como se ha podido comprobar en algunos países subdesarrollados, que han destinado hasta un 25 por 100 de su presupuesto a atenciones de enseñanza sin resultados positivos. No se trata sólo de un problema económico.

Pensar que alguna vez tendremos suficientes profesores suficientemente preparados y continuamente puestos al día es pensar en lo imposible. Hacernos creer que algún día llegaremos a encontrar, con las estructuras y los sistemas actuales, el equilibrio entre el número de los profesores y el número de los alumnos es hacer demagogia. Y esta demagogia supone, para hoy y para un mañana inmediato, negar a millones de niños y de adolescentes la oportunidad de lograr la felicidad. Supone además aceptar por nuestra parte que es lícito contentarnos con transmitir un saber trasnochado.

El acrecentamiento de las necesidades de instrucción frente a los medios limitados, por su inadecuación, desemboca en la desorientación y el desánimo por parte de profesores y alumnos. El docente termina por ser un depósito de conocimientos arcaicos que se regurgitan a intervalos regulares en oídos llenos ya de los mil ruidos del mundo exterior. Uncido a una tarea rutinaria, el profesor repite y corrige sin descanso a un grupo de niños, que capta, cada vez en menor grado, las relaciones entre los conocimientos que absorbe y la vida que lleva y que llevará. Las notas, las clasificaciones o agrupamientos, los títulos se nos presentan entonces como fines y no simplemente

como medios que son. ¡Triste balance de una misión educativa!

Hemos seguido, en ocasiones al pie de la letra, el cuadro trágico que traza Planque en el artículo citado. Las tintas pueden estar excesivamente cargadas; pero en el fondo reflejan un problema real y de muy difícil solución. Con los sistemas actuales y con las técnicas habitualmente utilizadas no sólo no llegaremos a disminuir el desfase señalado entre lo que es y lo que debe ser la enseñanza, sino que corremos grave riesgo de verle aumentado.

Es, pues, urgente, inaplazable, el estudio y experimentación de nuevos sistemas, nuevas técnicas, más eficaces, más aptas para la nueva situación creada, por un lado, por la explosión escolar y, por otro, por las características movedizas y cambiantes de la sociedad en que nos ha tocado vivir.

Muchos son los medios técnicos hoy en desarrollo que, sin embargo, aún no se usan masivamente y que, en todo caso, siguen considerándose como sustitutivos pobres y relativamente poco eficaces de los sistemas tradicionales de enseñanza. Entre ellos citemos la televisión, los laboratorios de lenguas, las máquinas de enseñar.

Pero aún así hemos de pensar que la solución no estará sólo en la utilización de estos medios modernos y de otros nuevos que se inventen. Deberá ser aprovechada toda técnica que se muestre eficaz y a todas ellas habrá que buscarles urgente acomodo dentro de sistemas docentes nuevos o, al menos, profundamente modificados. En caso contrario, el desfase a que se ha hecho alusión no hará más que aumentar y, en cierta medida, nos cabrá la responsabilidad de no haber puesto todo lo que está en nuestra mano para satisfacer el derecho que tiene todo hombre al grado de educación que le corresponde por su capacidad personal y por el grado de evolución de la sociedad en que le ha tocado vivir, derecho natural reafirmado por el Papa Juan XXIII en su encíclica *Mater et Magistra*.

4. *La relación Profesor-alumno.*

Los dos términos esenciales de la relación en que se concreta todo el quehacer didáctico son el profesor y el alumno.

En el fondo, los resultados de toda acción didáctica han de guardar proporción no sólo con la eficacia de estos dos factores, sino también con la conveniente dosificación de las tensiones que de ellos proceden.

Al hablar de la relación-profesor-alumno, podemos adoptar una perspectiva cualitativa, es decir, tener presente antes que nada la importancia que ha de ser concedida tanto a la actividad del profesor como a la del alumno.

Una nota común a todos los sistemas y métodos modernos de Pedagogía es la convicción de que la enseñanza (obra del profesor) resulta estéril si no desemboca en el aprendizaje (obra del alumno). De aquí que se tienda a considerar al profesor como un director, auxiliar y consejero del alumno en el despliegue de su actividad de aprendizaje. Visto desde este punto de vista, el papel del profesor, aunque cualitativamente parece perder categoría, en el fondo cobra su verdadera dimensión y adquiere una eficacia que en modo alguno se podría esperar de los antiguos métodos dogmáticos.

Dentro de la perspectiva cuantitativa, nos encontramos con que puede ser objeto de consideración la proporción numérica de profesores y alumnos.

Hay una gran variedad de estados de hecho. Por regla general en todos los países europeos las clases a cargo de un profesor son más numerosas cuanto más bajo es el nivel de la enseñanza impartida. Así, por ejemplo, en Alemania es corriente que en los primeros cursos del bachillerato sean admitidos en clase, a cargo de un solo profesor, hasta 35 alumnos, mientras que en los cursos superiores este número se reduce a 25 y, en algunos casos, a menos de 20.

La proporción entre alumnos y profesores en el bachillerato europeo es, por término medio, de 22 alumnos por profesor. Pero es ésta una situación que tiende a verse comprometida por el fenómeno conocido por democratización de la enseñanza secundaria. En efecto, los contingentes estudiantiles en el grado secundario aumentan con mayor rapidez que los efectivos docentes.

Un problema que afecta asimismo a las relaciones entre profesor y alumnos, estrechamente vinculado con la democratiza-

ción de la enseñanza, es el que se deriva del hecho de que el aumento que está experimentando el censo escolar se debe, sobre todo, al acceso masivo a los estudios de nivel medio de alumnos procedentes de medios socioculturales desfavorecidos. Este tipo de alumnos se halla en condiciones desventajosas en relación con los alumnos tradicionales de la enseñanza secundaria que venían procediendo de medios familiares culturalmente elevados. El distinto tratamiento que se ha de dar a cada uno de estos tipos de alumnos por parte del profesor acrecienta las dificultades que ya de por sí presenta la función docente y formadora. Aunque los alumnos procedentes de medios culturales bajos tengan la misma capacidad fundamental que los otros, llegan a los centros educativos con deficiencias de base muy sensibles, no sólo en lo que respecta al vocabulario, sino incluso en lo que se refiere a hábitos mentales de raciocinio, de rigor en el juicio, de capacidad de sistematización e incluso de aptitud para aprehender nociones de alta abstracción. He aquí cómo una realidad de carácter puramente cuantitativo se traduce en un problema de carácter eminentemente cualitativo.

Naturalmente estos alumnos requieren una atención especial por parte de los profesores y el uso de medios didácticos característicos a tono con sus necesidades. Nos hallamos, pues en un momento de crisis en la formación del profesorado, que ha de tener muy en cuenta la nueva situación en que se halla y que obligará a los profesores ya en ejercicio a dolorosas readaptaciones para ponerse a tono con la nueva realidad sobre la que tienen que actuar.

5. *Técnicas de estudio.*

En el fondo subyace a todos estos problemas la exigencia de dar a cada alumno el tratamiento más acorde con sus características personales, con el fin de que la acción educativa gane en eficacia.

Las técnicas de estudio—aún más que las técnicas docentes—pueden ayudar a lograr esta adaptación a cada alumno.

Efectivamente, mientras la actividad docente tropieza con grandes dificultades para llegar al ideal de la enseñanza indi-

vidualizada, el estudio, como técnica utilizada personalmente por los alumnos, permite a cada uno seguir su propio ritmo, acomodarse a sus propias características personales, logrando con ello una eficacia insospechada en orden a su propia formación.

Y, sin embargo, a pesar de ofrecer tan halagadoras perspectivas el cuidado y perfeccionamiento de las técnicas de estudio personal por parte de los alumnos, lo cierto es que el profesor, por regla general, se esfuerza mucho en su labor docente y muy poco en ayudar al alumno a adquirir técnicas depuradas y eficaces de estudio personal. Incluso se da el caso de alumnos que consiguen calificaciones brillantes y que no han aprendido a estudiar correctamente.

Como se ve, son muchos los problemas que tiene planteados la Pedagogía en orden a la enseñanza y al aprendizaje. Y aún hemos de confesar que los enumerados no son sino una muestra, aunque suficientemente significativa, de muchos otros que ni siquiera han sido señalados.

A la base de todos estos problemas se halla, desde luego, la dificultad intrínseca de la formación intelectual y humana. Pero es indudable que esta dificultad aumenta enormemente cuando se contempla la desproporción que existe entre las cada vez mayores exigencias de la sociedad actual y futura y los medios que se vienen poniendo en juego.

La sociedad moderna, tal como la podemos vislumbrar en un futuro próximo, necesita contar con miembros cada vez más instruidos y mejor formados. Y todo esto en el menor tiempo posible.

Ahora bien, es difícil hoy en día pretender que se aumenten los contenidos de la enseñanza, ni el tiempo diario dedicado a la formación del niño y del joven, ni los años dedicados a la preparación para la vida.

Resulta también difícil contar con medios didácticos revolucionarios y con técnicas taumatúrgicas que, por otra parte, requieren una formación especial del profesorado para que el uso de estos medios técnicos resulte verdaderamente eficaz.

Paradójicamente la posibilidad de la solución de buena parte de estos problemas se basa en la escasa formación de buena parte del profesorado actual para desempeñar con eficacia su

función. Ello hace que aún se pueda hacer mucho formando cada vez mejor a ese profesorado, mostrándole los secretos del oficio de maestro, manifestándole su verdadero papel en la enseñanza, invitándole a evitar trabajos estériles y elevándole a su auténtica función: la del director, promotor y auxiliar de la actividad formativa personal del propio alumno.

A ello habría que añadir la apertura del mismo profesor a las nuevas técnicas y nuevos instrumentos de enseñanza, para que saque el máximo partido de estos medios de formación puestos a su disposición. Evidentemente, cada vez pondrá en nuestras manos la técnica humana medios más valiosos de formación. Pero tratándose de medios, de instrumentos, no basta con que estén ahí. Es necesario adiestrar en su manejo a los hombres que deben usarlos.

De este modo quizá pueda parecer un poco menos sombría la inmensa tarea que tienen ante sí las instituciones educativas y docentes.